



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

Anunciación

Y había pastores en aquella región posando a campo raso,
guardando, por turnos, las vigiliás de la noche sobre su rebaño.
Y un ángel del Señor se puso junto a ellos; y la Gloria del
Señor brilló en derredor de ellos; y temieron con gran temor.
Pero el ángel les dijo; ¡No temáis! pues, he aquí,
os traigo buenas nuevas de gran gozo, el cual será
para todo el pueblo de Dios;
Porque hoy, en la ciudad de David,
os ha nacido un Salvador, el cual es Cristo, el Señor.
Y esto os será la señal: Hallaréis
a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.
Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las
huestes celestiales, alabando a Dios, y diciendo:
¡Gloria en las alturas a Dios,
y sobre la tierra paz; entre los hombres
buena voluntad!
Y los pastores fueron a toda prisa, y hallaron a María, y a José
y al Niño acostado en el pesebre.
Y cuando lo vieron, divulgaron las nuevas de gran gozo.

DEL EVANGELIO DE SAN LUCAS.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia
Directora:
EVANGELINA GAMBOA
Tel. 124 - Heredia
Administración:
MARIA CRISTINA MARTINEZ
EMMA MORALES
Heredia — Costa Rica

Sumario:

Anunciación	1
Villancicos	2
La niña y los fósforos	3
La rosa niña	6
El cardo	9
La vida del gorila	11
Rafael	13
Hormiguita y Ratón Pérez	14
Página de los niños	15
¿Qué pensará el pescador?	16

NOVIEMBRE 1952

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 8

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

¢ 0.20

VILLANCICOS

Palomita blanca,
palomita azul,
canten palomitas
al Niño Jesús.

Corran caballitos
a toda carrera,
cortando las yerbas
que da la pradera.

Santa Margarita
carita de luna,
el Niño ya viene,
tráele su cuna.

Canten pajaritos
con mucho contento,
diviertan al Niño
en su nacimiento.

Palomita blanca,
palomita azul,
canten palomitas
al Niño Jesús.



La Niña y los Fósforos

¡Qué frío hacía! Estaba nevando y se acercaba la noche; era la última noche del año, la víspera del Año Nuevo. En medio de tanto frío y de tanta oscuridad, una pobre niñita pasó por la calle, con la cabeza descubierta y los pies descalzos. En verdad, al salir de casa llevaba unas zapatillas grandes que su madre dejó de usar, pero tan grandes que la pequeña las perdió al atravesar una calle entre dos vehículos. Una se perdió realmente; en cuanto a la otra, un pilluelo la tomó para hacer con ella una cunita para sus hijitos cuando le llegaran del cielo.

La pequeña iba descalza y con los pies amoratados por el frío; llevaba en su viejo delantal una gran cantidad de fósforos y tenía en una mano una cajilla. Aquel resultó un mal día para ella; ningún comprador y, por consiguiente, ningún dinero. Y tenía hambre y frío y tan mísero aspecto. ¡Pobrecita! Los copos de nieve caían sobre su hermosa cabellera rubia y ondulada; pero ella ni siquiera lo notaba. Brillaban las luces en las ventanas y el perfume de los asados se expandía por las calles, y esto le recordaba que era la víspera de Año Nuevo.

Se sentó acurrucándose en un rinconcito, entre dos edificios. El frío se apoderaba de ella cada vez más, pero no tenía el coraje de regresar a su casa porque no pudo vender ni una cajita de fósforos y, por lo tanto, no tenía ni una sola monedita. Su padre le pegaría; y, por otra parte, ¿no hacía igualmente frío allí? Vivían en un desván de techo agrietado, y el viento se calaba por las tejas aunque hubieran tapado las hendidias

más grandes con paja. Sus manos estaban casi yertas. ¡Oh, qué bien le haría encender un pequeño fósforo! Si se atrevía a sacar uno solo de una cajilla, lo frotaría contra la pared y se calentaría un poco los dedos. Sacó uno y ¡rich!, ¡cómo resplandeció! Llaméó magníficamente con una pequeña llama clara como la de una velita. La niña la cubrió con la mano. ¡Qué luz más rara! Le pareció estar sentada delante de una gran estufa de hierro con adornos de bolitas y con una tapa de cobre reluciente. Un fuego magnífico calentaba muy bien. Pero ¡qué pasa!, iba a aproximar los pies para que también recibieran calor cuando la llama se extinguió y desapareció la estufa; la niña se quedó con el resto del fósforo apagado en la mano.

Encendió otro, que ardió, brilló, y la pared donde se proyectó la luz adquirió la transparencia de una gasa. La pequeña pudo mirar al interior de una habitación en donde había una mesa cubierta por un mantel blanco y en la que resplandecía fina vajilla de porcelana y había además un pavo asado, relleno con ciruelas y manzana, que humeaba desprendiendo un perfume delicioso, ¡Oh, sorpresa! ¡oh felicidad! De repente el pavo saltó de la mesa y cayó al suelo, con el cuchillo y el tenedor clavados en el lomo, encaminándose hacia la pobre niña. En este instante se apagó el fósforo y no quedó delante de ella más que la pared opaca y fría.

He aquí un tercer fósforo. Al instante se vió la pequeña bajo un magnífico árbol de Navidad; era mucho más grande y más adornado que aquel que logró ver a través de una parte de vidrio en la casa de un rico comerciante. Mil bujías estaban encendidas sobre las ramas verdes y las figuritas multicolores, idénticas a las que se ven en los escaparates de las tiendas parecían sonreírle. La niña alargó las manos: pero el fósforo se apagó; todas las bujías de Navidad se elevaron y empezaron a subir, a subir, transformándose en estrellas. Una de éstas cayó trazando un surco luminoso en el cielo.

—Es alguien que muere—pensó.

Porque su anciana abuelita, la única que fué buena con ella, pero que ya no existía, le dijo muchas veces: «Cuando una estrella cae, un alma sube hasta Dios».

Frotando otro fósforo contra la pared, vió una gran luz en medio de la cual estaba la abuelita, de pie, con su expresión dulce y radiante.

—¡Abuelita—gritó la pequeña—llévame contigo! ¡Cuando se apague el fósforo sé que no estarás más allí! ¡Desaparecerás

como la estufa de hierro, como el pavo asado, como el lindo árbol de Navidad!

Y, uno tras otro, prontamente, encendió todos los demás fósforos de la cajita, porque no quería perder a su abuelita; y los fósforos dieron una luz más brillante que la del día. Nunca la abuelita estuvo tan sonriente y tan linda. Levantó a la nietecita en los brazos y las dos se fueron volando entre esa luminosidad, tan alto, tan alto, que ya no se sintió ni frío ni hambre ni angustia: estaban cerca de Dios.

Pero, cuando llegó la fría mañana, en el rincón, formado por las dos viejas casas, seguía sentada la niñita, con las mejillas pálidas pero con la sonrisa en los labios..., muerta de frío el último día del año. El sol del Año Nuevo levantóse sobre un pequeño cadáver acurrucado allí entre los fósforos. De una de las cajillas habían sido gastados casi todos.

—¡Habría querido calentarse!—dijo alguien.

Nadie supo cuán hermosas imágenes pudo contemplar y en medio de qué resplandor celebró, en los brazos de su abuelita, el Año Nuevo!

Andersen.





La Rosa Niña

Rubén Darío.

*Cristal, oro y rosa. Alba en Palestina.
Salen los tres reyes de adorar al Rey,
flor de infancia llena de una luz divina
que humaniza y dora la mula y el buey.
Baltasar medita, mirando a la estrella
que guía en la altura. Gaspar sueña en
la visión sagrada. Melchor ve en aquella
visión la llegada de un mágico bien.
Las cabalgaduras sacuden los cuellos
cubiertos de sedas y metales. Frio
matinal refresca belfos de camellos,
húmedos de gracia, de azul y rocío.
Las meditaciones de la barba sabia
van acompasando los plumajes flavos,*

los ágiles trotes de potros de Arabia
y las risas blancas de negros esclavos.
¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.
El fin anunciaban de un gran cautiverio.
Y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
portando el incienso, la mirra y el oro.
En las cercanías de Belén se para
el cortejo. ¿A causa? A causa de que
una dulce niña de belleza rara
surge ante los magos, toda ensueño y fe.
"¡Oh Reyes!"—les dice—. Yo soy una niña
que oyó a los vecinos pastores cantar,
y desde la próxima florida campiña
miré vuestro regio cortejo pasar.
Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
que el mundo está lleno de gozo por El,
y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
que hace al sol más sol, y a la miel más miel.
Aún no llega el día . . . ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo,
con mis ojos puros la cuidaré bien".
Los magos quedaron silenciosos. Bella
de toda belleza, a Belén tornó
la estrella, y la niña llevada por ella
al establo, cuna de Jesús, entró.

*Pero cuando estuvo frente aquel infante,
en cuyas pupilas miró a Dios arder,
se quedó pasmada, pálido el semblante
porque no tenía nada que ofrecer.*

*La madre miraba su niño—Lucero,
las dos bestias buenas daban su calor;
sonreía el santo viejo carpintero,
la niña estaba temblando de amor.*

*Allí había oro en cajas reales,
perfumes en frascos de hechura oriental,
inciensos en copas de finos metales,
y quesos, y flores, y miel de panal.*

Se puso rosada, rosada, rosada . . .

ante la mirada del niño Jesús.

*(Felizmente que era su madrina un hada,
de Anatole France o el doctor Mardrús).*

¡Qué dar a este niño, qué dar sino ella!

¿Qué dar a este tierno, divino Señor?

*Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
la de Baltasar, Gaspar y Melchor . . .*

*Mas a los influjos del hada amorosa,
que supo el secreto de aquel corazón,
se fué convirtiendo poco a poco en rosa,
en rosa más bella que la de Sarón.*

La metamorfosis fué santa aquel día.

(La sombra lejana de Ovidio aplaudía).

Pues la dulce niña ofreció al Señor,

que le agradecía y le sonreía,

en la melodía de la Epifanía,

su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor! . . .

EL CARDO

Una vez un lirio de jardín (de jardín de rico) preguntaba a las demás flores por Cristo. Su dueño, pasando, lo había nombrado al alabar su flor recién abierta.

Una rosa de Sarón de viva púrpura, contestó:

—No le conozco. Tal vez sea un rústico, pues yo he visto a todos los príncipes.

—Tampoco lo he visto nunca—agrego un jazmín menudo y fragante y ningún espíritu delicado deja de aspirar mis pequeñas flores.

—Tampoco yo—añadió todavía la camelia fría e impasible. Será un patán; yo he estado en el pecho de los hombres y de las mujeres hermosas...

Replicó el lirio:

—No se me parecería si lo fuera, y mi dueño lo ha recordado al mirarme esta mañana.

Entonces la violeta dijo:

—Uno de nosotros hay que sin duda lo ha visto: es nuestro pobre hermano el cardo. Vive a la orilla del camino, conoce a cuantos pasan, y a todos saluda con su cabeza cubierta de ceniza. Aunque humillado por el polvo, es dulce, como que da una flor de mi matiz.

—Has dicho una verdad—contestó el lirio. Sin duda, el cardo conoce a Cristo; pero te has equivocado al llamarlo nuestro. Tiene espinas y es feo como un malhechor. Lo es también, pues se queda con la lana de los corderillos, cuando pasan los rebaños.

Pero, dulcificando hipócritamente la voz gritó, vuelto al camino:

—Hermano cardo, pobrecito hermano nuestro, el lirio te pregunta si conoces a Cristo.

Y vino en el viento la voz cansada y como rota del cardo.

—Sí; ha pasado por este camino y le he tocado los vestidos, yo, un triste cardo!

—¿Y es verdad que se me parece?

—Sólo un poco, y cuando la luna te pone dolor. Tú levantas demasiado la cabeza. El la lleva algo inclinada; pero su

manto es algo como tu copo y eres harto feliz de parecerle.
¡Nadie lo comparará nunca con el cardo polvoroso!

—Di, cardo, ¿cómo son sus ojos?

El cardo abrió en otra planta una flor azul.

—¿Cómo es su pecho?

El cardo abrió una flor roja.

—Así va su pecho—dijo.

—Es un color demasiado crudo—dijo el lirio.

—¿Y qué lleva en las sienes por guirnalda cuando es la primavera?

El cardo elevó sus espinas.

—Es una horrible guirnalda—dijo la camelia. Se le perdona a la rosa sus pequeñas espinas; pero esas son como las del cactus, el erizado cactus de las laderas.

—¿Y ama Cristo?—prosiguió el lirio, turbado.

—¿Cómo es su amor?

—Así ama Cristo—dijo el cardo echando a volar las plumas de su corola muerta hacia todos los vientos.

—A pesar de todo—dijo el lirio—querría conocerle. ¿Cómo podría ser, hermano cardo?

—Para mirarlo pasar, para recibir su mirada, haceos cardo del camino—respondió éste. El va siempre por las sendas, sin reposo. Al pasar me ha dicho: «Bendito seas tú, porque floreces entre el polvo y alegras la mirada febril del caminante». Ni por tu perfume se detendrá en el jardín del rico, porque va oteando en el viento otro aroma: el aroma de las heridas de los hombres.

Pero ni el lirio, al que llamaron su hermano; ni la rosa de Sarón, que El cortó de niño por las colinas; ni la Madreselva trenzada, quisieron hacerse cardo del camino y, como los príncipes y las mujeres mundanas que rehusaron seguirle por las llanuras quemadas, se quedaron sin conocer a Cristo.

Gabriela Mistral.

La vida del gorila

Zenker describe la vida del gorila en libertad, tan diferente de la de los míseros ejemplares que vegetan en las jaulas de nuestros parques zoológicos:

"El gorila macho va acompañado de varias hembras y de sus pequeños. Cuando anda en busca de alimento por la selva, los pequeños marchan delante, las hembras detrás y cierra la comitiva el gorila macho, siempre vigilante, a menudo poniéndose de pie para cerciorarse de que no corren ningún peligro. Tiene la vista y el oído muy finos y su olfato es perfecto. Si no advierte peligro alguno y tiene hambre, se sube a un árbol y las hembras le llevan frutas y se sientan a su lado. A veces el macho echa los brazos al cuello de sus compañeras y se divierte haciendo ruido con la boca".

El nombre orang-után quiere decir, en la lengua de los pobladores de Borneo, hombre de los bosques, y creen que si no habla es sólo por temor de que le obliguen a trabajar. Vive también en los árboles, donde se fabrica un nido con las ramas.

Estos grandes antropoides emplean a veces, como armas, troncos y piedras, pero su mejor defensa es aplastar al enemigo en estrecho abrazo sobre su amplio tórax. Todos sin embargo caminan apoyándose en sus cuatro extremidades, excepto el gibón, que anda casi derecho; viven en grupos que, más bien que rebaños, podrían llamarse familias, pues sólo hay en cada uno un macho adulto. No conocen el modo de encender el fuego, aunque gustan de calentarse si encuentran las cenizas de un hogar abandonado. Mucho se ha divagado acerca de las maneras de comunicarse entre si los grandes monos llamados antropoides; el gorila tiene en cada mejilla una especie de bolsa, y las hincha a modo de tambor para producir ruido, batiéndolas con las manos y avisando así a sus compañeros en caso de peligro.

por José Pijoan.

Tomado de la "Historia del Mundo".



MADONA DE LA SIXTINA

Pintada por Rafael

R A F A E L

Rafael nació en Italia en 1483, vivió solamente 37 años, pero su corta vida fué tan bien aprovechada que al morir dejó una de las obras más importante con que cuenta la pintura.

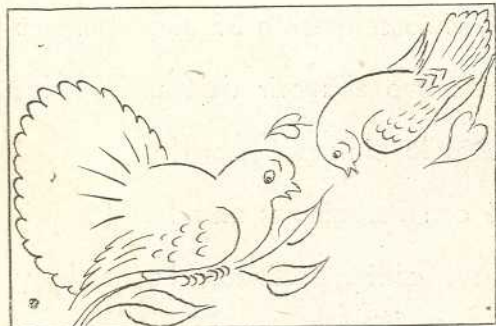
En sus primeros años aprendió con Peregino y más tarde continuó su aprendizaje, tomando de sus contemporáneos, Leonardo y Miguel Angel, aquellos elementos que necesitaba para enriquecer su arte. Demuestra este pintor del Renacimiento que la originalidad no consiste en no imitar, sino al contrario, en el caso de Rafael, pareciera que el genio reside en la capacidad de asimilar y convertir en cosa propia lo que se ha tomado de los otros.

La vida de Rafael de Urbino como se le llama por el lugar de su nacimiento, no fué trágica y dolorosa como la de tantos artistas. Mimado por los príncipes y los Papas, la vida generosamente y desde el principio le concedió a Rafael todos sus dones, al salir de su adolescencia disfrutó de la gloria y el dinero.

Es muy conocido, sobre todo, por una serie de vírgenes "madonas" de gran dulzura que sostienen al niño en sus brazos o lo miran jugar. El fondo de sus cuadros es casi siempre un paisaje delicado de arbolitos y riachuelos, que ayuda a completar la sensación poética de tranquilidad.

Además de sus obras hechas al óleo, pueden admirarse hoy en el Vaticano, vastas composiciones murales como La Eucaristía, La Escuela de Atenas y el Incendio del Borgo que son testimonio permanente de su poder artístico.

Hormiguita y Ratón Pérez



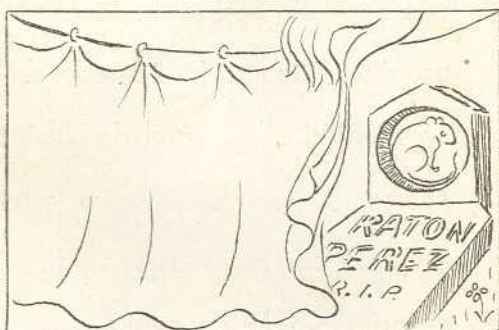
—¿Por qué Pajarito, callas a la aurora?
—Porque Ratón Pérez hormiguita llora
y aquí lo lloramos Palomita y yo.



—¿Por qué, Palomar, te has de derribar?
—Porque a Ratón Pérez lo van a enterrar
y yo con la Fuente llorándolo estoy.



—¿Por qué, Fuente Clara, tu agua ya no canta?
—Porque a Ratón Pérez lloro con la Infanta
y mis claras aguas hoy lágrimas son.

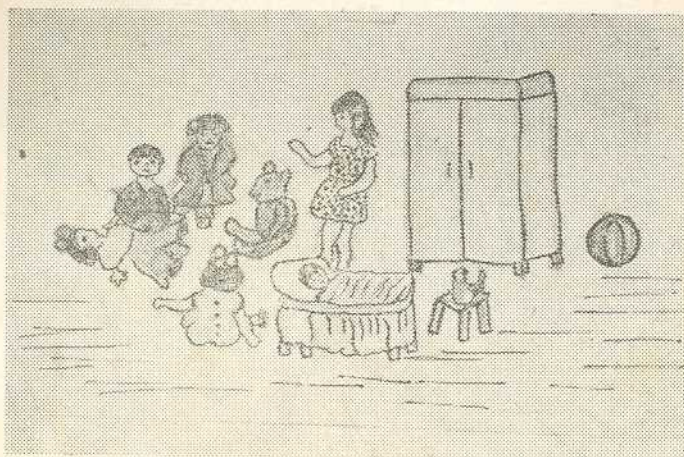


Y yo que lo cuento acabo en lamento,
y con la hormiguita lo lloro y lo siento,
y con gran tristeza, corro aquí el telón.

CHARADAS

Si la buscas en el aula
mi primera encontrarás;
y si juegas con el aro
mi segunda rodará.
Justo, en hora, mi tercera
si te fijas hallarás.
Que mi todo muy temprano
en el cielo alumbrará.

Por el llanito, llanura,
corre mi primera, prima.
En la nave y en el ave
mi segunda viene y va.
Que mi todo como un duende
de tu puerta cuidará.



MIS MUÑECAS

Mis muñecas son muy lindas. Tengo una grande, grande, es machita y anda. Mi primilla chiquitilla la alza y es más grande que ella. Tengo una muñeca gorda, una que habla y otra rubia; un bebé que parece un chiquito, un osito de cuerda, un negrito y unos gemelitos lindos, y un chinito y una chinita, la cosa más bella del mundo.

La cuna de mis muñecas es rosada y la de mis muñecos es celeste.

Gabriela Ramírez Guier,

II g. Escuela España. San José.



VILLANCICO DEL PESCADOR

Antonio de Zubiaurre

¿Qué pescará el pescador
a la orilla de la fuente?
¿Qué pescará el pescador?

A Belén marcha la gente
con rabeles y panderas.
Cada cual trae su presente.

—Pescador, ¿tú que quisieras
llevarle a Dios soberano?
Pescador, ¿qué le ofrecieras?

—Mucho le llevara hermano:
plata que en mi mano fué
y se me fué de la mano.

Era un pez que yo soñé,
todo escamitas de luna.
Lo sueño desde la cuna...
No sé si lo pescaré

.....
Con la gracia y el amor,
de Belén torna la gente.
¿Qué tendrá aquel pescador
que llora junto a la fuente?